

# Los santos hacen la nación

written by Otros medios | 11/10/2021

**No es difícil estar deprimido si eres un católico conservador en 2021 Estados Unidos** . Ese es especialmente el caso si, como yo, te maravillas de un país que parece haber cambiado radicalmente en una sola generación. Si una drag queen se hubiera presentado en mi escuela primaria pública en los suburbios del norte de Virginia a principios de la década de 1990, mis maestros lo habrían atropellado (¿a ella?). Ahora los maestros son los que *invitan a las drag queens* a la escuela (¡o tal vez ellos mismos interpretan el papel!). Conocí a un niño marginado socialmente en sexto grado que se jactaba de su colección de revistas pornográficas; ahora, cada estudiante de sexto grado con un teléfono puede tener una colección de pornografía digital. ¿Y cuántos de esos viejos compañeros míos, ahora en sus treinta y tantos, incluso tienen hijos? No muchos.

Criar una familia de cuatro hijos en ese mismo suburbio del norte de Virginia, incluso con una gran cooperativa de educación en el hogar, una excelente diócesis católica y una sólida infraestructura financiera con fondos públicos (gracias a Dios por las bibliotecas públicas), puede parecer , dadas las corrientes culturales más amplias, como el rey Cnut tratando de detener la marea del océano. Dadas las probabilidades en contra de personas como yo, ¿mi pequeña iglesia doméstica hará una gran diferencia? La historia de Inglaterra, sobre la que reinó Cnut en el siglo XI, es instructiva para comprender por qué mi pesimismo es quizás prematuro.

**Porque fue Inglaterra, después de todo, la que en el transcurso de los últimos mil quinientos años** produjo algunos de los ejemplos más notables de santidad, muchos de los cuales están bellamente descritos en [\*The English Way: Studies in English Sanctity from Bede to Newman\*](#) , recientemente reimpresso

por Cluny Media. Y, por mucho que esté de moda hablar mal del colonialismo y el imperialismo, es Inglaterra la que la difusión de tanto bien por todo el mundo, trayendo a pueblos que hasta hace unos pocos cientos de años eran remotos y desconocidos bienes como los modernos . la medicina, el gobierno representativo, y sí, la fe cristiana.

Se podría citar, por ejemplo, a los primeros clérigos anglosajones Beda, Bonifacio y Alcuino, que vivieron todos antes del 800 dC, un período durante el cual la isla sufrió guerras regulares e invasiones extranjeras. Beda, el monje del remoto norte de Inglaterra que se convirtió en doctor de la Iglesia, hizo que los Padres de la Iglesia fueran accesibles al pueblo inglés y legó a la posteridad la *Historia Eclesiástica del Pueblo Inglés* . El misionero Bonifacio, el «Apóstol de los alemanes», se convirtió en muchos de las rebeldes tribus germánicas cuando derribó el santuario pagano de Donar's Oak. Alcuin, a su vez, difundió la educación cristiana en la corte de Carlomagno durante el Renacimiento carolingio en lo que hoy es Francia, Bélgica y Alemania occidental.

De hecho, en una época de violencia y paganismo, los clérigos ingleses ayudaron a sentar las bases de las glorias del cristianismo medieval, no solo en su tierra natal, sino en toda Europa occidental. Pero no solo los clérigos lo hicieron. El rey Alfredo (c. 848-899) protegió y preservó la fe católica inglesa de los intrusos vikingos. Como señala a GK Chesterton en su capítulo sobre el valiente monarca: “El sistema cristiano ya estaba llegando dentro de un siglo de sus primeros mil años; y muchos dudaban de que no estaba muriendo, como lo hacen ahora, dentro de un siglo de sus dos mil años ”. Al igual que Carlomagno, Alfred trabajó para restaurar y expandir la civilización cristiana en su reino, incluida la distribución de su traducción del *Cuidado pastoral* de Gregorio el Grande a sus obispos.

**Igualmente influyente es la influencia de Santo Tomás**

**Becket** (muerto en 1170), quien resistió la extralimitación de su antiguo amigo Enrique II cuando el monarca trató de extender su control político sobre la iglesia inglesa. Los lectores sin duda están al tanto de la valiente muerte de Becket en Canterbury, pero ¿qué consiguieron realmente el martirio a manos de los caballeros normandos sedientos de sangre? Hilaire Belloc explica: “Su heroica resistencia impidió que el asalto del poder temporal contra lo eterno fuera fatal en el momento en que, precisamente, podría haber sido fatal”. Para decirlo sin rodeos, “salvó a la Iglesia”, frenando la secularización durante otros cuatrocientos años.

VÍCTOR GARCÍA RUIZ

A portrait of San John Henry Newman, an elderly man with white hair, wearing a red cape and a dark robe, holding a golden staff. The background is dark and textured.

San  
John Henry  
Newman

ENSAYO BIOGRÁFICO



[COMPRAR LIBRO](#)

Ese comentario de «cuatrocientos años» se refiere a la Reforma inglesa, durante el cual Enrique VIII y su hija Isabel I martirizaron algunos de los santos ingleses más conocidos: John Fisher, Thomas More y Edmund Campion. Fisher, cardenal y teólogo, rechazó el título autoproclamado de Henry como jefe de la Iglesia inglesa y fue decapitado. Más, dice Chesterton, “Quería que Inglaterra siguiera existiendo; y especialmente la Inglaterra que amaba ”, que era, a saber, católica. Sin embargo, él también murió defendiendo no solo al Papa, sino, argumenta Chesterton, «desafiando al tipo de hombre que quiere ser Papa». Campion, considerado quizás el inglés más brillante de su época, impresionó a dos reinas diferentes con su intelecto y hablar en público. Cuando, muchos años después, fue martirizado por sus acciones encubiertas como sacerdote,

Por supuesto, la Inglaterra que llegaría a gobernar los mares (y alrededor de una cuarta parte de la población mundial y la masa continental en 1921) no era católica: los martirios de los recusantes ingleses ganaron muchos conversos, pero no lo suficiente como para derrocar a los protestantes ingleses. Iglesia. Sin embargo, era una Inglaterra marcada indeleblemente por su historia católica y sus santos. Es imposible imaginar un Imperio británico sin la influencia de Beda o Becket, cuyo carácter moral y pasión por Cristo y la civilización cristiana se encarnó, aunque de manera incipiente, en los británicos protestantes que conquistaron y gobernaron como la primera superpotencia verdaderamente global del mundo.

O, en algunos casos, británicos no tan protestantes. Sir Alan Burns, quien en diferentes épocas gobernó las colonias británicas de las Bahamas, Honduras Británica (Belice), Nigeria y la Costa de Oro, era un católico devoto. «El último imperialista», como lo llama Bruce Gilley en su [libro del mismo título](#), fue tanto un ardiente defensor del imperialismo británico como un crítico abierto del racismo, o lo que Burns llamó «prejuicio de color». De hecho, como señala Gilley,

muchas de las colonias del imperio en América, África y Asia estaban mucho mejor gobernadas en las décadas previas a la independencia que en el período posterior a la independencia, que fue (ya menudo sigue estando) definido por corrupción, nepotismo e inestabilidad violenta. Sin embargo, dice Gilley, el espíritu universalizador del imperialismo británico «creó su propia desaparición al afirmar la centralidad de la dignidad humana, los derechos y la identidad nacional que debe conducir al autogobierno».

**Entendido de otra manera, el impulso misionero impulsó a muchos británicos valientes** a atravesar los mares en busca de comunicar la civilización cristiana a pueblos lejanos (motivos menos nobles como la codicia y el hambre de poder, por supuesto, motivaron a muchos otros británicos). Lamentablemente, a medida que las tendencias secularizadoras descristianizaban cada vez más al pueblo británico, su imperio tenía cada vez menos que ofrecer al mundo. [Como ha observado recientemente Patricia Snow](#), «separada de la Iglesia, como una rama cortada de una vid, la cultura protestante ascendente que formó el carácter del mundo de habla inglesa durante generaciones finalmente llegó a su fin».

Sin embargo, ¿quién, si es que alguien, podría haber predicho la longevidad del notable viaje espiritual de Gran Bretaña? Parecía, en tantas coyunturas, ser una tierra finalmente privada de su alma cristiana: en los siglos VIII y IX, cuando los vikingos paganos descendieron sobre ella; en el siglo XII, cuando un rey inglés intentó usurpar la autoridad de la Iglesia; y en el siglo XVI, cuando otro rey inglés con el mismo nombre logró exactamente eso. A pesar de todo, los santos ingleses hablaron y actuaron con una claridad singular a favor de Cristo y Su Iglesia, y su influencia se sintió incluso en el siglo XX, en lugares y entre pueblos que esos santos ni siquiera sabían que existían. Ahora hay una [Iglesia de Santo Tomás Moro](#) en Malasia, una antigua colonia británica.

En otras palabras, la decisión de un funcionario del gobierno inglés en 1534 de mantenerse firme ahora resulta, casi cinco siglos después, en conversiones católicas en Malasia. “Cada hombre que ha logrado, ha logrado algo diferente de lo que pretendía”, escribe Hilaire Belloc en su reflexión sobre Santo Tomás de Canterbury. Por tanto, el testimonio de los santos ingleses da esperanza de que simplemente no podemos predecir qué efectos notables se seguirán de las decisiones virtuosas y basadas en la fe que hacemos hoy. En el caso de los santos ingleses, sus vidas preservaron y expandieron una nación... durante siglos. Quizás, entonces, todavía haya motivos para la esperanza si nosotros mismos estamos dispuestos a hacer nuestra parte, por insignificante que parezca. Como dijo Chesterton hace casi cien años: “el triunfo final del paganismo no está tan cerca de nosotros ahora como lo fue para él [Alfred] entonces.

Este artículo se publicó en inglés en [www.crisismagazine.com](http://www.crisismagazine.com)